

sería injusto porque hay algo en la obra de Argullol que la hace aparecer como un islote de originalidad dentro del panorama creativo español. Podríamos preguntarnos en qué consiste esta presunta originalidad. Es un interrogante que, en vez de suscitar respuesta alguna, provoca nuevas cuestiones. Sin duda, la forma en que plasma su creación, especialmente en este último texto, tiene que ver con ella. Si intentamos vertebrar esta obra en torno a un género nos resulta del todo imposible. Y, cuando intentamos establecer las relaciones entre los distintos géneros, algo nos falla, no acaba de cuadrar. La sensación que uno tiene es que Argullol ha dado con la clave para realizar una escritura de frontera. Tiene la habilidad para moverse con comodidad dentro de cualquier género pero, al mismo tiempo, es capaz de utilizar distintos géneros sin delimitarse en uno de ellos. Entre uno y otros, ha ido escribiendo en el permanente estado de alerta al que está sometido el hombre de espíritu insatisfecho.

El segundo argumento tiene que ver con el contenido. Ante todo aclarar, por mi parte, que Argullol como hiciera con «La atracción del abismo», realiza —según confesión propia— una selección arbitraria de escenarios y personajes para desarrollar su argumento. Los interrogantes se agolpan: ¿por qué este argumento?, ¿por qué la idea del fin del mundo como obra de arte?, ¿qué extraña fascinación ejerce en nuestro autor el fin del mundo?, ¿cómo entender la obra de arte? Es cierto que a lo largo de la historia occidental podemos encontrar creadores, como los escogidos por Argullol, u otros diferentes, que moldearon esta panorámica final.

¿Estamos ante «otra» visión apocalíptica finisecular? No, rotundamente, no. ¿Qué aporta a nuestro mundo contemporáneo esta idea? Seguramente, la más primigenia de todas. La verdad inocultable para cada hombre: «Deseamos y tememos encontrarnos con nosotros mismos»³⁹. Quizá, por eso, hoy más que en cualquier otra época anterior necesitamos estrategias muy precisas para construir las ficciones más perfectas. Puede que la obra de arte se convierta, entonces, en la expresión inacabada de una simulación en la cual ahogar nuestras inquietudes originales, aquellas que nos reconcilian con las actitudes heroicas de los que nos precedieron en el desafío más arriesgado: el de desenmascaramos a nosotros mismos. Es cierto que hoy día podemos asestar, por primera vez, el golpe definitivo a nuestro lugar en el mundo porque nos reconocemos centro del caos. Además, sabemos que nuestra cultura encarna el espíritu de la tragicomedia porque «nunca el hombre había mirado tan lejos como nosotros y nunca todo lo había sentido tan lejos como lo sentimos nosotros»⁴⁰. Ante nosotros se alza la necesidad de crear «un arte capaz de expresar, mediante el hechizo turbador y tranquilizante de sus imágenes, ese viaje iniciático hacia un con-fin del mundo que se ha tornado innombrable e impensable»⁴¹. Asumir, de nuevo, el viaje iniciático que el hombre ha de emprender como «una aventura desde el corazón del enigma hacia el corazón del enigma, en cuyo transcurso únicamente percibiremos unos vagos latidos»⁴².

En esta obra Argullol nos conduce al con-fin de la creación, de la mano de algunos creadores que plasmaron en una obra de arte el fin del mundo. Presenta a aquellos

³⁹ Rafael Argullol, *El fin del mundo como obra de arte*, Barcelona, Destino, 1990, pág. 157.

⁴⁰ Argullol, op. cit., (40), pág. 154.

⁴¹ Argullol, op. cit., (40), pág. 156.

⁴² Argullol, op. cit., (40), pág. 153.

«¿Acaso no llamaste hombre
a aquel ser capaz de resurgir
desde la mies de la disgregación?»



actores que mejor escenificaron con su actuación el gesto creador más devastador. Tras ellos, ¿queda en escena algún resquicio de sin-razón?

6. El creador, corazón del enigma

Son innumerables los enigmas que nuestra contemporaneidad despierta. Son pocos, en cambio, los osados que aceptan su desafío. Rafael Argullol es uno de ellos. La obra de este creador inmerso en su tiempo pero —como el mejor romántico— distante de él, se cierne sobre nosotros con impulso prodigioso. Un escritor que nos propone un descenso a los infiernos como Dante, incitándonos al asalto del cielo como los románticos, que despierta el corazón de nuestras tinieblas, como Conrad. Un creador, en definitiva, que nos pone frente al espejo y nos hace ver esa imagen de nosotros mismos que, seguramente, nunca quisiéramos contemplar: la del *horror vacui* que no es otra que la del reverso de la Belleza esencial. Estas líneas han pretendido ser tan sólo una presentación incompleta a este magnífico escritor que tan sólo una lectura detallada pueda paliar.

Carlos M. Moreno

